

¡ÉXITO!

"MÁS QUE SER RICO, ME ENCANTA PODER DOMINAR A LOS RICOS."

"UNOS VIVEN DE SUS PROPIOS MEDIOS EN ESTE MUNDO Y OTROS A EXPENSAS DE LOS DEMÁS."

"EL DINERO EN SÍ NADA SIRVE. SE GANA O SE PIERDE; SÓLO EL TRABAJO CONSERVA SIEMPRE SU VALOR."

Palabras de Gobseck en

Bajo las garras del oro

tercer libro de la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

¡GRAN ÉXITO!

PRECIO: UNA PESETA

¿Lo tiene usted ya en su biblioteca?

No deje de comprarlo.

E. VERDAQUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 103

25 cts.



EN BUSCA DE
LA FELICIDAD

por
Anita Stewart
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 103

En busca de la Felicidad

Comedia dramática de Josephine Quirk

Protagonista: Anita Stewart



Exclusiva de **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66.—Barcelona.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MILDRED HARRYS CHAPLIN

Argumento de la película de dicho título

En el hogar de la bondadosa viuda de Beresford, en Long Island, vivían tres seres, mujeres: Marta Beresford, la aludida, viuda y sin hijos, que se complacía en gozar del sol de la vida alejada del bullicio de las grandes ciudades; Raquel Beresford, su sobrina y única heredera, cuyo excesivo egoísmo disminuía sus encantos de hermosa joven; y, por último, Alicia Lambert, huérfana y pobre, que fué recogida en su infancia por la viuda, y cuya vida, desde entonces, se deslizó en medio del lujo y de la frivolidad.

En ocasión del décimo aniversario de la adopción de Alicia por la señora de Beresford, ésta regaló a aquélla varios presentes y preparaba una fiesta íntima en su honor.

Alicia y su madre adoptiva se profesaban un inmenso cariño, como de verdaderas parientes.

Pero no sucedía lo mismo con Raquel, no porque Alicia no le hiciera objeto de su sincero afecto en todo momento, sino porque aquélla no la podía ver, cegada como estaba por los celos, pues quería para sí sola el interés y cariño de su tía.

La antipatía que Raquel fué alimentando por Alicia desde que ésta entrara en el hogar de la viuda, no podía ser más evidente, y se mostró de pleno el fausto día de la celebración de la primera década de su permanencia en aquella casa.

No es que Raquel dijera nada, pero bastó un gesto de despecho—retirándose a su habitación, con un fútil pretexto, cuando Alicia le enseñaba los regalos que había recibido—para convencer a su tía y a la interesada, de que no

veía con buenos ojos las cariñosas manifestaciones que se hacían a otra que no fuera ella.

No era que Raquel fuese mala, sino que estaba poseída por el demonio de la envidia.

Y he aquí que un día, la muerte, con su gauda implacable, segó la vida de la bondadosa viuda, con tal brusquedad, que, inconsciente de su natural, no pudo siquiera dictar su testamento.

Raudales de lágrimas sinceramente dolorosas surcaron las mejillas de la infortunada Alicia. Muchas más y mejores que las que vertió Raquel con tan triste motivo.

Como no existía voluntad escrita de la finada, Alicia quedó al margen de los derechos que por deseo moral de la viuda tenía sobre sus bienes, y Raquel se posesionó de todo cuanto pertenecía a su tía.

Si gozo tuvo en considerarse dueña de una sonriente fortuna la ególatra Raquel, inenarrable es la satisfacción que le cupo en desquitarse de la semihumillación en que la puso Alicia por haberla su tía pospuesto a ella.

El desquite fué un grosero despido del hogar en que Alicia vivió por espacio de diez años, feliz y sin preocupaciones, como en su propio hogar.

Fué inútil que la huérfana, amedrentada por la sombra que proyectaba en su espíritu la soledad en la realidad del mundo, implorara de Raquel un poco de clemencia.

Y así, arrojada como un estorbo de aquella casa, Alicia conoció, con la amargura en el alma, la tristeza de los desamparados.

Sin recursos y necesitándolos, Alicia, que

fué a Nueva York, se desprendió de todo cuanto poseía, tales que prendas valiosas de vestir y alhajas, que le fueron regaladas por su amada madre adoptiva, a quien, disculpándola noblemente, no se atrevió a reprochar el haberla educado en la molicie sin preparación alguna para luchar por la vida.

Con el dinero que realizó con la venta de sus cosas, Alicia se instaló en un modesto cuarto y buscó en seguida una colocación honorable de la que pudiera salir airosa.

Como consecuencia lógica de su educación a todo lujo, Alicia, reconociéndose inepta, a su pesar, para otra ocupación, presentóse en casa de un importante modisto de la Quinta Avenida, y obtuvo un empleo en calidad de maniquí.

Desde las primeras sesiones en que ella actuó, gustó mucho, por su porte distinguido y agraciado rostro.

Tanto fué así que el dueño del establecimiento, que se permitía apuntarse conquistas gracias a su dinero, complacido de ella, osó ponerla en el mismo nivel que otras empleadas, y la mandó llamar, cierto día, a su despacho.

Alicia obedeció confiada y, a solas con el modisto, convencióse de quien era el hombre.

En efecto, éste le había hecho proposiciones galantes que ella no podía tolerar de nadie, y su dignidad ultrajada la obligó a renunciar a seguir prestando sus servicios en aquella casa bajo la dirección de un impúdico con antifaz de caballero.

*
*
*

Viendo cerradas las puertas del trabajo, Alicia se desesperaba, y si bien al principio que se le hizo cierta oferta la rechazó con valor, al final de decepcionantes jornadas en busca de empleo se decidió a aceptarla.

Se trataba de un empleo como modelo de un pintor, Carlos Lewis, más amante de la vida placentera que del Arte, como hay muchos, que pintan después de haberse ellos mismos pintado el rostro para ocultar su verdadera personalidad. Joven y de buena familia, en algo tenía que pasar el tiempo Carlos, y entre cuadro y cuadro, fácil era que se deslizaran las aventurillas que mataban el tedio.

Alicia se engañó con Carlos cuando le juzgó por sus apariencias de joven correcto, pues apenas hacía una semana que ella «posaba» para él—decentemente, aun artísticamente hablando, se entiende—, la máscara del mal suplantó a la hipócrita del honor.

En el mismo edificio tenía su estudio un es-



...convencióse de quien era el hombre.

cultor idealista, David Leighton, un excelente muchacho bajo todos los conceptos.

Pedrito Dunn, vendedor de periódicos la mar de simpático y gracioso, era, con todos sus 14 años, amigo íntimo del escultor y crítico severo de su arte.

«Praxiteles», un can que se hacía llamar se-

ñor, era el acompañante de Pedrito y, como éste, admirador de David.

Estos dos últimos personajes acababan de salir del estudio del escultor, cuando entró en él precipitadamente, con la cabellera suelta sobre su espalda y rostro pavoroso, Alicia, a quien perseguía, picado en su amor propio de



...la máscara del mal suplantó a la hipócrita del honor.

conquistador irresistible, el pintor Carlos.

David y un criado suyo acudieron en auxilio de Alicia y mientras el doméstico conducía a la irrespetada joven hacia el interior del estudio—montado con toda comodidad, pues el artista del cincel era cierta y mercedamente

rico—, David reprobó acremente la conducta del villano.

—¡Es usted una deshonra para nuestro arte!

Carlos dió media vuelta, desapareció por la puerta del taller... y se funó tranquilamente un cigarrillo.

David se apresuró a interesarse personalmente por Alicia, que temblaba toda de exasperación por la maldad humana.

—No me pregunte nada, señor—le dijo Alicia antes de que él hablase—. Quiero salir... volver a mi casa.

—No puede usted hacerlo así... Pase a esa habitación y arréglese un poco.

Alicia obedeció maquinalmente, y en la habitación que le indicara David una idea atroz se apoderó de su mente: suicidarse arrojándose a la calle por la ventana.

David vió su intento y la apartó de la apertura fatal.

—Cálmese, señorita... Lo que iba a hacer no está bien...

—En otro tiempo, cuando yo vivía sólo para mi alma, sentía la alegría del vivir, pero ahora...

—Todo tiene su remedio...

—Vivir así, como yo vivo ahora, es morir lentamente—gimió Alicia ocultando su rostro en sus manos... ¡La vida en estas condiciones es un monstruo!

—No, señorita, la vida no es un monstruo, sino un esfuerzo constante para conseguir la felicidad... Y la felicidad, créalo usted, no se compra con dinero...

—¡Ah!... Si conociera usted la amargura de luchar sin armas...

—Y su belleza y su juventud, ¿no las considera usted como armas?

—Sí, pero por eso quiero morir; porque con esas armas, los hombres no ven a la mujer que quiere vivir, que tiene derecho a vivir honradamente, sino a la conquista fácil que pueden lograr explotando su miseria.

—Me interesa su manera de pensar y, puesto que la veo más serena, yo que, se lo aseguro, soy un buen muchacho, voy a hacer un pacto con usted...

—¿Qué quiere usted decir?...

—Yo le daré a usted cincuenta mil dólares, para que usted pueda comprar, en un año, toda esa felicidad que, según usted, se adquiere con dinero...

—¡Imposible!... Yo no podría pagarle nunca esa cantidad.

—Todo lo he previsto antes de hacerle mi oferta... Usted quería matarse ahora; pues bien, yo la aseguraré por setenta y cinco mil dólares y se matará usted al cabo de un año... De ese modo yo ganaré veinticinco mil dólares... No es mal negocio, ¿verdad?

—Pero...

—Soy serio y juzgo que lo mismo que a mi me conviene el negocio puede convenirle a usted.

—Por mí, la verdad...

—No vacile, pues... Yo estoy seguro de que antes de un año cambiará usted de modo de pensar... La vida tiene muchas sorpresas...

—Pues yo acepto.

—Encantado. Si quiere usted pasar ahí dentro, me firmará usted un recibo y yo le entregaré la cantidad convenida.

Cinco minutos después, Alicia recibía de manos de David un cheque de 50.000 dólares y aquél de manos de ella el siguiente documento:

Hoy, 3 de Junio de 1922, he aceptado 50.000 dólares de don David Leighton, comprometiéndome a suicidarme en el término de un año a partir de esta fecha.

Al despedirse, David recomendó a Alicia:

—Emplee bien este dinero y procure ser feliz.

—Gracias—murmuró, emocionada, la desventurada.

—Ahora me demostrará usted que con el dinero se puede comprar la felicidad—añadió, incrédulo, David.

Y Alicia se fué... a buscarla...

David se quedó contemplando la firma puesta por ella al pie del recibo de la cantidad que él le había adelantado, y no notó la repentina aparición de «Praxiteles», el perro de Pedrito.

El chucho, travieso como un niño de pecho, cogió el papel comprometedor y lo arrugó con sus patas

La acción del perro hizo reflexionar a David que dijo al irracional, acariciándole:

—Gracias, «Praxiteles», mi buen amigo... Tú, con tu generosidad, me enseñas el verdadero camino...

Y uniendo la palabra al gesto rasgó en mil pedazos el recibo firmado por Alicia.

Había un año de plazo para resolver aquel caso tan delicado... Un año... ¿Qué ocurriría?...

*
**

Transformada, exteriormente, por el dinero de David, Alicia empezó a vivir su nueva vida, segura de que nada le faltaba para ser completamente feliz.

David recibió su visita y quedó, si cabe, más asombrado de la extraordinaria sugestión que Alicia le produjo el día que la conoció en tan especiales circunstancias.

Una tía de David, Ernestina Howe, cuyos salones eran punto de reunión de la sociedad

más elegante de Nueva York, se marchaba del estudio de su sobrino —a donde había ido para recordarle que no había muerto, pues él no se dejaba ver en ninguna de sus fiestas—, precisamente cuando Alicia entraba en él. Y sonrió, maliciosa, a David... aunque no encantada...

Cuando estuvieron solos ella y David, Alicia le dijo con alegría:

—Mire usted lo que se compra con el dinero. ¿No le parezco otra?

—Cuando el cuerpo es bello, como el suyo, no hacen falta galas para adornarlo.

—¡Me ha hecho usted tan dichosa, David!... Algún día podré tal vez demostrarle mi gratitud.

—¿Quiere usted adelantarme algo de esa gratitud?... Permítame que tome por modelo sus manos para inmortalizar las de mi estatua para la Exposición.

—¿Por qué no? Al contrario, admirada de serle a usted útil en algo.

—Muchas gracias. Pero le advierto que tendrá usted que venir aquí todos los días...

—No importa... Lo haré muy gustosa.

—Es usted muy buena.

—¿Qué decir, pues, de usted?

—Yo era muy malo...

—No lo parece...

—Pues lo era.

—¿Sí?... ¿Cuándo?

—Un minuto antes de conocerla a usted.

Alicia sonrió. Era el primer piropo sincero que llegaba a la puerta de su corazón.

—Usted no es como los demás—opinó quedamente.

Y se miraron...

Y se agradaron secretamente...

Pasaron unos días. Todas las tardes Alicia había ido al estudio de David para que éste modelase sus manos, y durante esta tarea mo-



—¿Quiere usted adelantarme algo de esa gratitud?

delóse también el amor que brotó de su corazón en el silencio de sus ansias.

Y así, gustándose mutuamente, sin habérselo dicho aún, pasaban las horas de íntima felicidad.

Cierta tarde, a la hora del te, se hallaban reunidos en el estudio Alicia, David y Pedrito

y su perro, para celebrar un acontecimiento que ella explicó así:

—Nos comeremos este pastel, con cuatro velas, para festejar los cuatro meses que hace que nos conocemos y que me enamoré de... Pedrito.

El vendedor de periódicos protestó picares-



...David miraba con pasión a Alicia, y ésta...

camente:

—No lo crea usted, señor David... Es de usted de quien está enamorada.

—Vamos, Pedrito, sé prudente —terció David haciendo el serio.

Y, sin embargo, David miraba con pasión a Alicia, y ésta con sus sonrisas no era menos elocuente.

David vió que allí estaba de más Pedrito y lo mandó, con su perro, a que llevase a su familia el resto del dulce.

El muchacho no se hizo de rogar, pensando en el alegrón que daría a los suyos, pero no se olvidó de lanzar una pulla a los enamorados para que no fueran tan tímidos:

—Que ciegue yo de los dos ojos si no les veo a ustedes comprando una cuna antes de que me salgan canas...

Por una vez, el atrevimiento de un muchacho era oportuno.

No bien hubieron desaparecido Pedrito y su perro, David dijo a Alicia, que se disponía a volver a «posar»:

—Vamos a tomar otra taza de te... Hoy no es día de trabajar.

Así lo hicieron, pero, a poco, apareció la tía de David, quien se sorprendió al ver, con su sobrino, en íntima merienda, a Alicia, que ya le había sido presentada otra vez.

Y, molestada por las relaciones de David con ella, ideó un plan para quitarla de su vida.

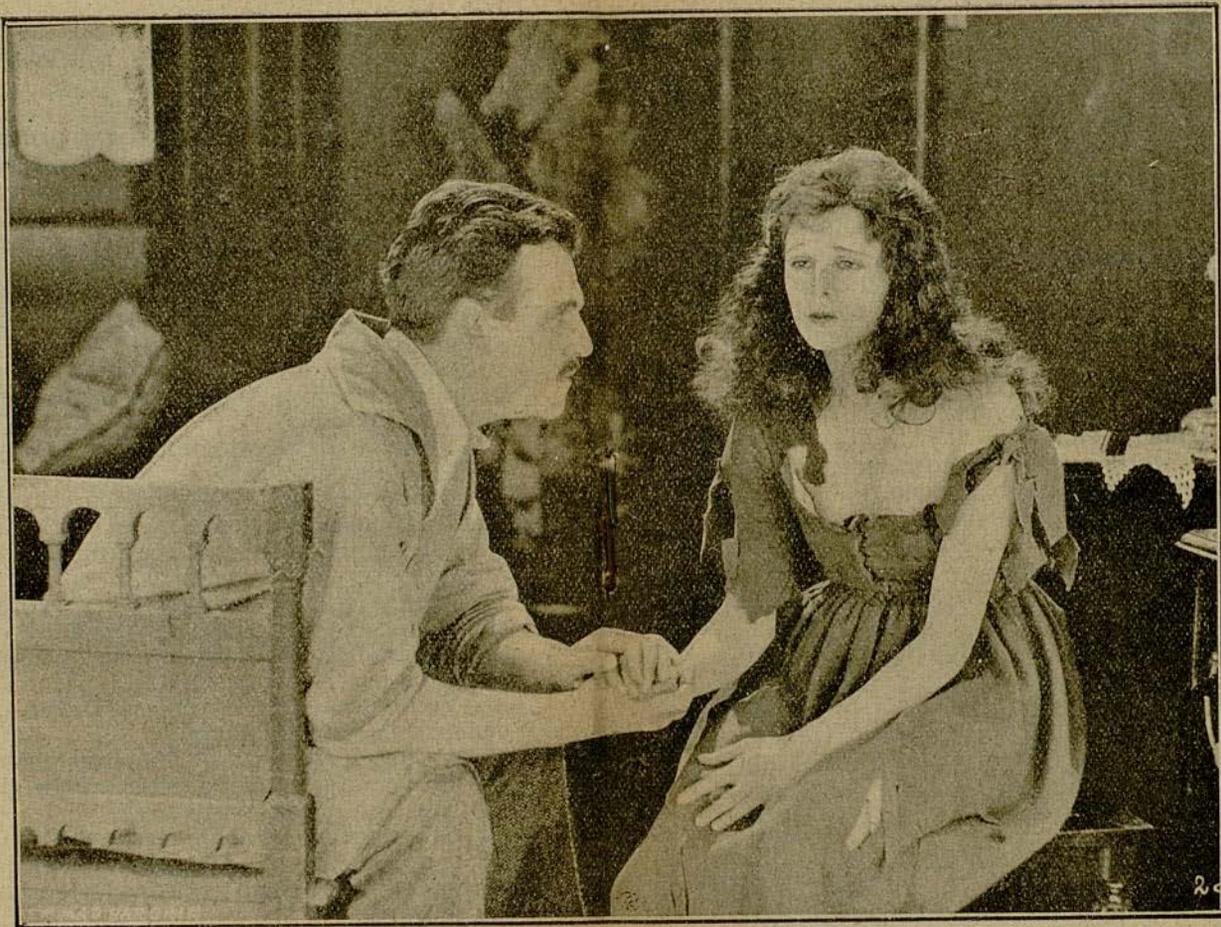
—Espero que irás el jueves a casa y llevarás contigo a la señorita Lambert...

—Yo no podré ir, tía —contestó David—. En cuanto a la señorita Alicia...

—Irá usted, ¿verdad?—le preguntó la tía.

—Tal vez vaya... Lo que siento es que el señor David no pueda asistir...

—El tiene mucho trabajo siempre... Pero usted, si no tiene ningún compromiso, no deje de ir, y así tendré el gusto de presentarle a la novia de David.



—¡Imposible!... Yo no podría pagarle nunca esa cantidad.

Esta noticia fué como una bofetada para Alicia.

La denegación de la invitación que hizo David la justificaba el temor de que ella, Alicia, lo viese con su novia. ¿Cómo no le había dicho antes que su corazón pertenecía a otra?

David comprendió el mal rato que estaba pasando Alicia y no sabía cómo salir de aquel apurado trance.

Su tía se marchó, confiando en el éxito que obtendría en el ánimo de Alicia su aplastante revelación, en beneficio de la novia ideal, a su parecer, escogida para David.

Alicia quiso marcharse detrás de la tía de su falsa ilusión, mas David la detuvo:

—¿Por qué se va?

—Había concebido un hermoso sueño y acaba de desvanecerse como el humo.

—Alicia... Si yo le dijera que...

—No siga, David... Yo no soy nadie... nadie... no tengo derecho a nada...

Y David, anonadado, la dejó marchar...

*
**

El día de la fiesta de Ernestina Howe, la tía de David, Alicia no pudo resistir a la tentación de conocer a la novia de su protector.

El destino reservaba a la huérfana una sorpresa que ni remotamente podía figurarse, pues la novia del hombre a quien ella amaba era Raquel Beresford, la mujer que la puso en mitad del arroyo cuando heredó, por derecho de parentesco, de la viuda que fué una madre para ella.

Ignorando que se conocían, la tía de David las presentó:

—La señorita Raquel Beresford, de quien le

hablé el otro día en el estudio de David—dijo a Alicia.

—La señorita Alicia Lambert—añadió dirigiéndose a Raquel.

Las dos jóvenes se miraron con contenido asombro. ¿Era posible que el azar las pusiera frente a frente para odiarse aún más de lo que



—Es verdad; Raquel y yo fuimos *muy amigas*.

se odiaban?

Disimulando su enojo, Raquel manifestó a la tía de su prometido, sonriendo a Alicia:

—Conozco a la señorita Lambert hace ya bastante tiempo.

—Es verdad—afirmó Alicia—; Raquel y yo fuimos *muy amigas*.

Por unos momentos las dos rivales fingieron delante de la dueña de la casa, mas se separaron tan pronto pudieron.

Entonces, Alicia tuvo otro desagradable encuentro: el pintor Carlos, el indecoroso galanteador de modelos o jóvenes desválidas.

Carlos, lejos de borrarse del paso de Alicia para no despertar en ella ingratos recuerdos respecto a él, la saludó, y ella no pudo sustraerse a su saludo para no despertar asimismo sospechas a los demás invitados.

Sin embargo, la correspondencia de Alicia a la reverencia de Carlos reveló a Raquel—que la observaba—algo anormal.

Y como que esta última conocía al pintor, lo requirió para enterarse de lo que él supiera respecto a Alicia.

—En realidad, lo único que sé es que es una joven que me gusta mucho—dijo por toda respuesta Carlos, siguiendo con la vista a Alicia, y separándose en seguida de Raquel para ir a hablar a aquélla.

Raquel, intrigada, no los perdió de vista y por los discretos gestos que ella hacía mientras Carlos le hablaba, dedujo que el pintor había tenido o tenía algo que ver con Alicia.

—Ahora comprendo—pues a juzgar por su porte es usted rica—que el ir a posar usted a mi estudio fué solamente por «snobismo», por conocer de cerca los secretos de la vida bohemia...

—Me molesta usted con su presencia, señor mío...

—Perdóneme, Alicia, mi manera de proceder

«aquel día» y concédame su amistad. Yo le prometo que...

—Yo no puedo conceder mi amistad a un hombre que me repugna.

Esta frase dejó sin habla a Carlos, quien, acostumbrado a conseguir cuanto se proponía en materia amorosa, y por ende contrariado vivamente por el desdén de Alicia, deseaba hacérselo pagar caro.

Cercada por el odio y en plena soledad, Alicia recibió aún un golpe mortal al oír estas dos frases que la casualidad susurró a sus oídos:

—¿Es verdad que Raquel Beresford se va a casar con David Leighton?

—Así lo dicen, pero yo creo que David no se deja poner el yugo tan fácilmente...

Entonces, viendo tenebroso el porvenir de su pobre vida, desamparada y rodeada de hipocresía, Alicia abandonó la casa de la tía de David para presentarse en la de David—quien, como ella lo sabía, no asistió a la fiesta—para decirle que la felicidad no se puede comprar con dinero...

—El señor ha salido, pero volverá pronto—le dijo el criado de David—¿Quiere usted aguardarle?

—No; le dejaré unas líneas...

Entretanto, llevando a cabo su ansia de venganza, Carlos, en la reunión, decía a la tía de David y a Raquel, solicitado de nuevo por ésta para que hablase respecto a Alicia:

—Me molestan los chismes, es verdad, pero hay cosas que no se pueden tolerar...

—¿Qué es lo que sabe usted de ella?...—insistió Raquel.

—Esa Alicia Lambert no debe, no puede volver a esta casa...

—¿Por qué?

—Es una modelo de artistas... A mí mismo me sirvió de modelo para un cuadro de desnudo...

—¿De veras?...

—¿Es eso cierto?—pasmóse la tía.

—Además, en el club se dice que es David quien le paga el tren de lujo en que vive actualmente.

La tía, indignada, cogió a Raquel de un brazo y se la llevó consigo:

—Venga conmigo, Raquel... Vamos a obligar a mi sobrino a que confiese la verdad.

Alicia ya no estaba en el estudio de David—que es donde él vivía—cuando él llegó, pero había dejado una carta, esta, que él leyó altamente sorprendido:

David: Sólo había venido a decirle que tenía usted razón; que el dinero no me ha dado la felicidad. Cumpliré hasta el fin nuestro pacto, pero en vez de morir serenamente, cuando llegue el plazo fatal, moriré, por culpa de usted, con un dolor profundo en mi corazón... porque yo creía en usted... en la felicidad que podía darme...

Alicia.

En su casa, la infeliz mujer preparaba su equipaje y partía hacia otro lugar, para evitar el encontrarse de nuevo con su único amor... imposible...

David, desconcertado, iba a dirigirse a la casa de Alicia, y en el instante en que iba a

salir de su estudio aparecieron delante de él su tía y Raquel.

—¿Cómo te has atrevido a presentarme a esa desgraciada?—le recriminó la tía—¿Una modelo de artistas en mis salones?

—¡Alicia es una buena muchacha!

—Por espacio de diez años, Alicia vivió con mi tía y conmigo, y por su conducta nos vimos obligadas a arrojarla de casa...—mintió Raquel.

—Les suplico que no sigan por ese camino... ¡Están ustedes hablando de la mujer que deseo por esposa!

—¡Cómol...

—No necesito defender ante ustedes a la señorita Lambert... ¡Yo la amo y eso me basta!

—¡Ahora comprendo por qué pagas todos sus gastos!

—¡Tíal...

—No, no lo soy... Me has ofendido... Nos has ofendido a Raquel y a mí...

—Lo siento... mas mi felicidad sólo me afecta a mí solo... Y permítanme ustedes que me marche, pues mi presencia es indispensable en otra parte.

*
**

David no pudo encontrar a Alicia en su casa, pues al llegar a ella le dijeron que se había marchado una hora antes, sin dejar dirección.

Los días que sucedieron a la desaparición de Alicia fueron una constante tristeza para David.

Pedrito lo encontraba a todas horas cabizbajo y sin ánimo para trabajar.

¡Hacía seis meses que no la había visto!

Durante aquellos meses, Alicia había encontrado en el trabajo de la inteligencia uno de los más poderosos alicientes de la vida.

Y escribió una novela... su novela... que fué aceptada, para su publicación, por una empre-

sa editorial que le alabó el interés, originalidad y sinceridad de su obra.

Y en tan fausta ocasión, Alicia sonrió, pasando a su criada, que no había logrado durante aquellos meses consolarla.

La noche del día que Alicia recibió la aceptación escrita de su novela, decidió extraviarse por la ciudad para distraerse un poco, pues rara había sido la vez, desde que cambiara de domicilio, que salió de su casa, sobre todo por la noche.

Pedrito había prometido puerilmente a David que él encontraría a su Alicia y que se la llevaría para que no estuviera más triste.

Y en casa del vendedor de periódicos extrañaba la ausencia, a aquella hora, del muchacho.

Y sus padres temían que le hubiese sucedido algo malo.

—No te preocupes, mujer... Seguramente estará buscando por ahí algunos céntimos mas para traer a casa...—dijo el padre a la mamá impaciente, aunque él lo estuviera también.

Y Elenita, la hermana, pedía al Señor, que su hermanito regresara pronto.

Y cenaron... y pusieron al horno la comida de Pedrito para que cuando llegase no la encontrara fría.

Lo que le había ocurrido a Pedrito era que un amigo le había invitado a comer un «sandwich» para tener el gusto de hablar con él—a quien no había visto desde tiempo—y sin advertirlo les había pasado el tiempo.

Luego, mientras Pedrito saboreaba el obsequio, en la calle, frente al establecimiento am-

bulante, el muchacho vió a Alicia en un auto y se adelantó para llamarla, pero lo hizo con tan mala fortuna que fué atropellado por el vehículo.

Y poco después, transportado en el mismo coche causante de la desgracia, y acompañado por Alicia, que estaba afligidísima, el mucha-



Inútil describir a escena desgarradora que allí se desarrolló.

cho entró en su casa.

Inútil describir la escena desgarradora que allí se desarrolló.

La madre gritaba como una loca y besaba al hijo de sus entrañas cuyo rostro estaba bañado de sangre.

El padre, más sereno para imponerse a la atribulada esposa, hizo llamar a un médico, y

éste aconsejó que se avisase a una ambulancia para conducir al herido al hospital.

Alicia, llorando por su propio dolor y el de la madre del niño, dijo a ésta:

—Permítame que todos los gastos corran por mi cuenta, señora. Yo tuve la culpa...

—¡El dinero no puede curar a mi hijo! ¡El dinero no sirve para devolver la paz a mi corazón! —rechazó la mujer.

—Pero ustedes son pobres y yo puedo ayudarles...

—¡No, no somos pobres!... ¡Cuando hay cariño para compartir las penas y las alegrías no se es pobre!

Y Alicia, ante tan magnífica frase, que era como una lección, se dejó caer, llorando, sobre una silla.

En el hospital los padres del herido y Alicia aguardaban el veredicto de la Ciencia: vida o muerte...

El médico de guardia les dijo dándolo todo por perdido:

—Sólo una inmediata transfusión de sangre puede salvarle.

La madre, como tal, se ofreció al sacrificio.

—No; su hijo necesita sangre joven —manifestó el médico.

Entonces, con noble correspondencia al cariño del muchacho, Alicia se presentó:

—Tome la mía, doctor... Daré mi vida, si es preciso, por salvarle.

—¿Usted?... ¿usted?... —balbució la madre.

—Si el análisis de su sangre resulta satisfactorio, aceptamos su ofrecimiento —dijo el doctor a Alicia.

Y habiendo sido así, se efectuó la operación con éxito para los dos seres que la sufrieron.

No el dinero y el placer, sino el dolor y el sacrificio habían enseñado a Alicia el camino que acerca a la felicidad.

Todos los días, David visitaba la clínica, llevando rosas rojas de amor y esperanza, pero todos los días sufría una decepción:

—Lo siento mucho, señor, pero la señorita dice que no quiere verle... —decíale invariablemente la enfermera al cuidado de Alicia.

Pero cierto día, en que David obtuvo la misma denegación de entrada en el dormitorio de Alicia, Pedrito, apoyándose en unas muletas que debía usar hasta tanto que sus miembros no se reforzaran, le salió al paso y le dijo:

—La señorita Alicia está hoy mejor. ¿Quiere usted que vayamos a verla?

—Alicia no quiere verme, Pedrito —contestó compungido David.

—¡Cómo que no, si siempre me habla de usted!

—Entonces...

—Venga, señor David, venga, que usted sabe muy poco de estas cosas.

—Pero...

—No ponga ningún reparo... Aguarde aquí... Yo entraré primero... Después le avisaré... y entrará usted... ¿Entendido?

—¿Tú crees que no se va a enfadar?

—Ya me lo dirá usted mismo luego... Ea, sea usted valiente... Fíe en su amigo Pedrito.

—Anda, ve... que me muero de impaciencia.

El muchacho llegó hasta Alicia y sin decirle una palabra más, rogóle:

—Cierre usted los ojos bien apretados, que voy a darle una sorpresa... ¡No los abra hasta que yo se lo diga, eh!

Alicia obedeció.

Pedrito, sigilosamente, abrió la puerta y ordenó a David que pasara dentro de la habitación.

Cuando éste lo hubo hecho, gritó, evadiéndose a la par:

—Aquí se quedan ustedes... y que sean buenos muchachos.

Alicia abrió los ojos y se emocionó al ver ante sí a David.

El estaba muy afectado, más aún que ella.

Reinó un momento el silencio.

Al fin, David lo rompió:

—¿Por qué todos los días se niega usted a recibirme, Alicia?

Estimulada por la sinceridad de su voz, Alicia contestó:

—Quería esperar a hacerme digna de su amistad... Fué gracias a usted que descubrí en la vida algo más interesante que el lujo y el dinero... Cuando yo hice aquel pacto con usted, no conocía todavía el placer de elevarme sobre la prosa de la vida...

—Con este fin yo se lo propuse.

—Pues bien, el espíritu que usted me inculcó lo encontrará reflejado en mi libro, este libro, «El Pacto Diabólico». ¡Ojalá estas páginas sirvan para enseñar a los demás lo que usted me enseñó a mí!

—Pero, Alicia ¿usted escribió esta novela?

—Sí... es la historia de una pobre muchacha

que no creía en nada y a quien el amor corrigió sus errores.

—¡Estoy admirado de usted, mi Alicia!

—Y ya podré rescatar mi vida, porque no quiero morir, restituyéndole su préstamo... pagándole mi seguro con dinero propio, de la venta de mi libro, halagüeña según me dicen mis editores.

—*Ese seguro no existió nunca más que en mi imaginación... Era el único medio de que usted aceptase el dinero que le ofrecía.*

—¿Cómo?...

—Yo destruí el contrato el mismo día que usted lo firmó.

—¿De modo que usted estaba seguro de su victoria?

—Lo presentí, Alicia, con mi corazón... Y dígame, ¿cómo termina su novela?...

Alicia le ofreció el libro.

David leyó este final:

...Y el día que terminaba el plazo fatal, Berta cerró sus ojos para siempre. Todo egoísmo había desaparecido de su alma; el sacrificio la había ennoblecido, elevándola sobre las miserias del mundo, y en su hora postrera no guardaba en su corazón más que un reconocimiento inmenso por su salvador.

—Un precioso final... pero en la vida real, Alicia, la heroína debe vivir, para hacer la felicidad del héroe...

Y, olvidada su timidez, David atrajo contra su corazón a la convaleciente y le murmuró, muy pegaditos sus rostros:

—El héroe debe casarse con la heroína. Una dicha sin par los espera...

Y sonó un beso... luego otro...

Mientras que, detrás de la puerta, Pedrito, contento como nunca, sonreía con el pensamiento puesto en el motivo del silencio que reinaba en el interior...

—¿Se habrán desmayado los dos?—se dijo. Pero no osó entrar para comprobarlo.

Hay cosas—opinaba el muchacho—que no se pueden presenciar ni con gafas negras...

FIN

Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:

La magnífica novela

EL BUEN CAMINO

por el tan celebrado artista CHARLES RAY.

Programa Ajuria

Postal-fotografía:

CHARLES DE ROCHE

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio: 25 céntimos
